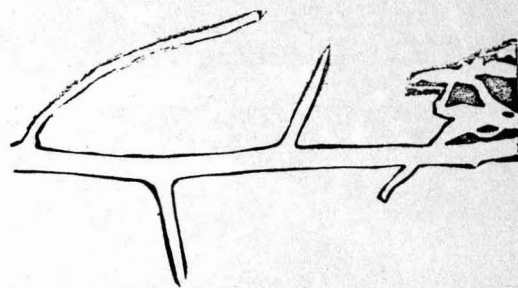


Mauricio
González
de la Garza

S

Segundo sueño



“Múltiples sexos en nosotros moran”

“La forma —dice Gide en el prefacio a *Las flores del mal*— razón de ser de la obra de arte, es algo que el público no aprecia sino mucho más tarde. La forma es el secreto de la obra.”

En un libro que Sergio Fernández olvidó en mi casa y que yo sigilosamente he conservado, subrayado por él, por Sergio Fernández el autor de *Segundo sueño*, está lo siguiente:

“Comprendo demasiado bien que hemos nacido en un tiempo en que sólo los torpes son tratados con seriedad y vivo presa del terror de no ser incomprendido. No me rebajes a la situación de quien puede proporcionarte una información útil. La educación es algo admirable, pero conviene recordar de cuando en cuando que no puede enseñarse cosa digna de saberse.”

Fue Emmanuel Carballo el primero en advertir y en reconocer públicamente que era insensato pretender imponer a Sergio Fernández modelos de crítica articulados para otra clase de obras. Fue él quien previno del peligro en persistir buscando en las novelas de Sergio Fernández lo que él jamás había intentado sembrar. Emmanuel Carballo abrió, pues, el camino a otras perspectivas que permitirían desentrañar a un tipo de escritor original en su más prístino sentido: un escritor escultor, un escritor pintor, un escritor panorámico del arte, un escritor arquitecto, un escritor inventor no sólo de un territorio sino de un mundo en el que la verdad es un prisma de luces sonoras y de silencios que se acurrucan en metáforas alucinadas. Allí, como en los arpegios de los sueños sólo se penetra naciendo y renaciendo a expresiones que por insólitas, por complejas, por girar en su propia geometría pueden, a los desprevenidos, extraviarlos de los paisajes interiores.

Sergio Fernández —en *Segundo sueño* se acendra— no es el sueño que sueña que lo sueñan ni el soñador despierto que al despertar descubre que es un sueño. Sergio Fernández es un ser tan vivo, tan alerta, tan bárbaro y tan contundente como los venenos sutiles, pero mortales. Las ideas nos asustan más que las realidades; por ello preferimos caer en el doblemente juego literario de sus títulos. En ellos, todos, el artificio —como en liturgia de tinieblas— es la fugacidad, la duda, la nostalgia, el reflejo mítico en fingidos cristales transparentes. Los nombres de sus novelas son parodias de equívocos, transacciones retóricas, cautiverios de la imaginación y festejos de sonidos. En ellos las insinuaciones provocan y los veneros libérrimos son claustros del destino. Hay en cada uno el equilibrio abrupto de penumbras móviles que cabalgan sobre sueños inéditos que destinan, temerarios, luces perversas o nostalgias anecdóticas. Así se convierte en audaz y caliginoso lo que al simple vivir es cotidiano y sin más trascendencia que el mediocre fluir de una conversación estéril. Los títulos son como espejos de aguas mansas que apenas se perturban con el reflejo de un pájaro en vuelo, pero que bajo su sosegada superficie corren

entre arrecifes barrocos y abismos que corrompen el sabor de las almas. El título y la obra son archipiélagos de una misma voz, de un solo viento, de un solo grito, pero no es cartel de estantería.

La verdad en las novelas de Sergio Fernández es otra.

Ni sus signos se han perdido; ni su hacer está en tela de juicio; ni sus peces, tan ardorosamente líricos, se esfuman de sus ojos; ni su segundo sueño es un peregrinar onírico.

Ya se sabe que es más fácil hacer que decir.

No voy a añadir, con la maquinaria de mis pensamientos, el ya complicado quehacer del autor de *Segundo sueño*. Baste pensar en lo fácil que es mover una mano y lo difícil que es la coreografía. Esto es un ejemplo nimio sin los infinitos registros y matices del ser y del pensar.

Sergio Fernández es un prodigioso mago, muy cercano a los músicos por cierto, que a veces suele enajenarse con sus propias armonías, pero su decir no se enjambra, sus frases son hebras sin más laberinto que el que el orfebre impone. El problema, si alguno hay en leyéndolo, es para abarcar la totalidad en lo simuladamente particular.

Cuando una idea nos parece clara, nítida, precisa y evidente es porque es parcial, es decir, ilusoria vitalmente.

No voy a pretender hacer una exégesis —independientemente de que tenga o no la capacidad para ello— de lo que al parecer permanece oculto en *Segundo sueño*. No soy traficante de misterios ni sacerdote de ritos literarios. El arte de Sergio Fernández no parece susceptible de someterse a hermenéutica alguna: el proceso mismo lo destruiría. ¿Cómo explicar la penumbra mística de un templo gótico, iluminándola con groseros fanales? ¿Cómo descifrar la tersura de un adagio, aumentándole el volumen y precipitándole el tiempo? ¿Cómo mostrar la belleza de una flor desgranándole los pétalos y sometiendo los pistilos a la observación microscópica? La belleza de un cuerpo no se demuestra con la minuciosa contabilidad de los eritrocitos o con el diagnóstico de un dermatólogo.

Sergio Fernández no es creador de sueños o tejedor de procelosos temas sino perverso traductor de realidades. En sus finos dedos de creador hilvana luces y sombras, enrarece atmósferas y circunvoluciona el tiempo para que del aparente disimulo brote la roja sangre del espíritu. No es un Sócrates de la verdad filosófica, eterna, necesaria e inmutable, sino un San Agustín sin más Dios que el hombre mismo. Es el hombre, no Sergio Fernández, por lo menos no como autor o como creador, el que ensambla la ambigüedad, el que vive lo contradictorio, el que para sobrevivir amalgama lo imposible —el ser y el conocer—. Es el hombre el que vive muriendo, el que piensa negando la razón, el que siente sus sentimientos como raíz inútil de una razón inútil. No es Sergio Fernández el dual ni el Ometecuhtli, sino el hombre confuso



siempre entre el ser y el estar, el vivir y el pensar, el dar o el recibir, el hacer o el meditar, el vivir o el morir, o el morir los instantes para vivir los segundos. Es el hombre el que confunde los espejos con los reflejos y las imágenes con las realidades. Es el hombre el que duda y es el hombre quien niega la duda para inventarse un ser indivisible. Por eso *Segundo sueño* es un retrato ontológico que recuerda que la felicidad no es un estado sino una dosis; que el sexo es una vocación, no una fisiología; que el amor es una vorágine y no una novela pastoril; que cada hombre —como de alguna manera la Trinidad— es él, su padre y su madre siempre insoslayables y con frecuencia intercambiables con personas del exterior. El yo no se completa como en Platón con su otra mitad, sino con sus otras dos terceras partes de las que originalmente salió y a las que necesita para ser. Ese es el teclado doloroso, patético, perturbador y profano de *Segundo sueño*.

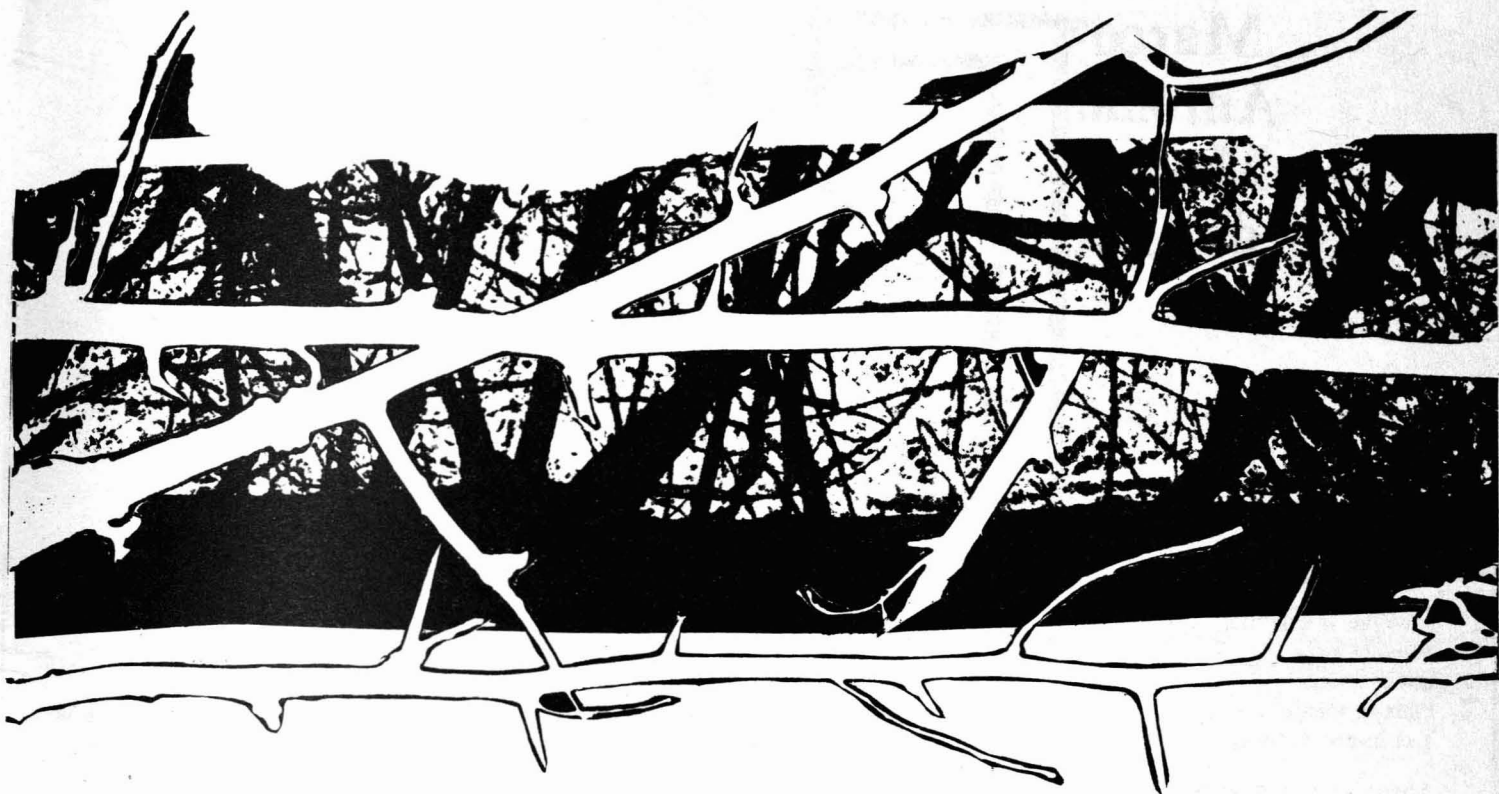
Sergio Fernández es un escritor muy viejo. Por eso escribe en español, en el de Góngora, en el de Cervantes, en el de Gracián y en el de Quevedo. Por eso, por esa trama intemporal, confeccionada de historia y de lágrimas, Sergio Fernández camina sobre el agua, o nada en el viento, o vuela en el mundo subterráneo de las culpas irredentas y de los pecados repetidos. Sus raíces idiomáticas no legan como las falsas manardas de Falfurrias ni de aromas normandos, como las de nuestros apócrifos románticos. El español de Sergio Fernández tiene raíces que atraviesan el tiempo drenando las coronarias hispánicas para palpar como fruta helénica o circunvolución latina. Allí el secreto, allí el espejo; allí la herida, la nuestra, allí el temor de sangrar con su lectura. Y no hay manera de engullirlo. *Segundo sueño* no es para lectura rápida; es un libro que impone su propio tiempo y, como la felicidad, su dosis. El tríptico, sin siquiera incurrir en Freud, ¿no podría ser el homoerotismo, la homosexualidad y la heterosexualidad? La revelación, el limbo y la agonía. Pero es la voluntad la que lleva al limbo, a la falsa inercia, a lo antagónico. En el limbo no hay contagio, nos dice el autor, y luego resulta que entre “luces pordioseras” se vislumbra la posibilidad de una burla, de un limbo no sólo heterodoxo sino herético, como la vida misma, cuando se redacta sosiego, serenidad y quietud.

En *Segundo sueño*, que pudo llamarse *Cosmogonía del alma*, la gran metáfora del sueño es sólo artificio del cuidado. Porque si

bien es cierto que es más fácil hacer que decir, también lo es, como el autor señala, que “No debemos utilizar las palabras para comunicarnos. Les tenemos más miedo que a los hechos”. Y es él, insistente, quien añade: “El engaño no de un sueño, sino de las palabras, lo cual equivale a lo mismo.”

Segundo sueño es un poema ontológico. Parménides, el inventor de semejante poesía, deja las puertas de la noche para que la diosa en forma de mito lo conduzca por las únicas sendas que llevan a la Verdad. Porque, como diría después Artístoteles: “El amante de la sabiduría es, a su manera, amante de los mitos.” Pero el mito no sólo no oculta la verdad, sino que la revela, la desvela. *Segundo sueño* es una geografía del alma, “se trata de una recreación moral”. Allí están los ríos, la nieve, la niebla y los verdes engañosos. La soledad en *Segundo sueño*, por ejemplo, jamás es vacío o lo que dio en llamarse angustia existencial. La soledad, la incomunicación, el aislamiento, las pesadumbres interiores son como el limbo que el autor describe: “se distingue porque reúne los momentos de tedio que Dios tubo antes de decidirse a la Creación”. Es decir, todo es antesala de poesía, preludio de lirismo, fermento para el arte.

De la ambigüedad, de la ambivalencia (“Múltiples sexos en nosotros moran; emanan, los matemos o no”), de lo contradictorio quisiéramos librarnos todos. Para eso se inventó la lógica, para paralizar las cosas en su ser. Pero la vida no se somete a cánones ni a contrapuntos, es un amanecer continuo, aunque a veces parezca compuesta de pétalos marchitos. Pero el ser se nos va por fragmentado, por indeciso, por dudoso, por el vértigo de su propia descomposición. De allí la tentación de la inmortalidad; de allí la profana tarea de ser como Dios. Dios no es ambivalente, ni dual, ni siquiera mortal. En *Segundo sueño*, así como se dice que Goethe mató a Werther para librarse del suicidio, Sergio Fernández, en la ectoplasmática, retórica biografía de Lucius Altner, pretende conjurar el perenne peligro de no poder ser uno, indisoluble, singular y único. Allí el problema del ser y del no ser que llevara a Platón a hablar del parricidio y que en Sergio Fernández se vislumbra como matricidio, como matricidio suicidio, como suicidio de la felicidad cuyas dosis impiden la plenitud del triangular incesto. En *Segundo sueño* el narrador, siempre es además la madre, el investigador acucioso es —en eso insoslayable sorjuanista— el inventor de una vida en silogismos de colores, el



amante que no se entrega al objeto amado sino al coco que pone el niño, el que ama lo fugitivo y desdeña lo que a la mano tiene. *Segundo sueño* no es lo que se ve en el espejo sino lo que el espejo mira. El artista no se da a la obra, es la obra, es el espejismo lírico de una imaginación que juega a ser imaginación, como una flor que se fingiera flor, o una lágrima que se disfrazara de lágrima. Por eso *Segundo sueño* es un primer sueño acariciado por terciopelos, torturado por fríos de Colonia, por ecos de poesía prehispánica.

Tal vez, tal vez no es la madre la que le facilita el camino a la homosexualidad. Es posiblemente la homosexualidad la que le permite el apasionado sendero del incesto. No es, pues, que el personaje narrador —como Lucius Altnér a su vez— asustado por la intimidad con la madre, añada a su heterosexualidad un homoerotismo; es, creo, el homoerotismo el que le permite amar a la madre sin el riesgo de perecer en los placeres del incesto. Incesto del que en la obra no se libra ni María, la rosa de los vientos. No es pues la madre quien lo provoca, sino el hijo quien invoca —también en tornasoles— la homosexualidad para asegurar su tiranía. Es una forma de traición leal, leal al equilibrio del tripié. Por ello Piedad recibe el beso de Sor Juana; por ello Karl, el casto, en sueños, entre besos y obscenidades, se acuesta con la madre tríptica.

No hay que olvidar dado que “múltiples sexos en nosotros moran” que la madre, en cualquier caso, ya vivió su propio incesto, el original, el triunfante y que es el hijo el advenedizo quien no puede prescindir de la aventura. De allí la huida no de Piedad ni de Hugo, sino de ella, la madre inescapable, genética, implacable. Puede haber madre sin hijo; no puede haber hijo sin madre. Ese laberinto de fugas amorosas, de orgasmos interrumpidos, de timideces violentas, el narrador huye de la madre como su hijo Karl, aterrado, se escapa de entre las sábanas para hundirse en la pureza apócrifa de una nieve de Navidad, es decir, de reiterado nacimiento. La mentira del amor partenogenético. Eso reitera *Segundo sueño*.

Las anécdotas en *Segundo sueño* son realidades obligadas “a ejercicios determinados, pues así se ganan la vida para el arte”. Lo directamente conectado con “la vida real” son temas como en Brahams, pretextos biográficos en la máquina del arte para entregar, en plenitud armónica, una autopsia del espíritu, es decir, del

pensamiento, de la historia celular de cada imagen en su discurrir por el tiempo, y luego detenida en un momento de perfección para sustantivar la belleza. Por eso una acción, un tríptico o un encuentro de matizada pasión son sólo cajas de resonancia, luciérnagas, pétalos del gran concierto, del gran sol, del gran jardín que es la vida íntima, esa sí intercambiable por sugerente, del autor. *Segundo sueño* es la cuarta autobiografía de Sergio Fernández, cada vez más vestido de sutilezas y más desnudo de lo único que en su escribir importa: el pensar del pensar, el pesar de pensar, el pensar en el pesar, en lo pesado de pensar y pensaroso de vivir, de vivir fulminada la conciencia por la conciencia misma, y fundido, como las melodías de Brahams, en un gran todo deslumbrante, tajante, avasallante y, en momentos, aterrador.

En Sergio Fernández la palabra es creación, como siempre lo fue, igual en el Génesis que en San Juan, igual en Tales de Mileto que en la soberanía de Fernando de Rojas o en la oscura noche de San Juan de la Cruz. La palabra, madre del pensamiento y cincel de la esfera de lo bello. La palabra que inventa y que se inventa, la palabra que con el mismo rayo fulmina e ilumina. La palabra clave de los laberintos y cerrojo para los espúreos, para los necios, para los mercaderes de sílabas y crucigramas.

Segundo sueño no es un sueño, es un confesión. Sergio Fernández no es un trovador, es un Orozco crucificado en la más terrible de las pasiones, en el más capital de los pecados: el de pensar, el de sentir el pensar, en el inventar el pensar y en el decir el pensar.

En sutiles signos comunicó la incomunicación humana en una cena; en redes fugitivas atrapó los arrecifes de una bondad confusa en el juicioso telar de una boda; en septias líricos y crípticas metáforas, entre mármoles y liturgias, articuló peces entre lianas de perjurio. Ahora confiesa —delata— a Ometecuhtli, el dios él, el dios ella, y del Primero de mujer pasa al Segundo del hombre y de dos se hacen tres, en insólito —por mantenerse por lo general inconfesado— triángulo del eterno amor de cada quien por sí mismo y de lo inevitable, por necesidad geométrica, de dos líneas más: la madre y el padre, llámense después Piedad o Gunter, Hugo o Alana Albertina. El nombre es lo de menos, mero marco de la misma pasión, del mismo anhelo, del viejo afán platónico de completar el ser. Allí la confesión de *Segundo sueño* más allá de Edipo y Galatea, de Electra y de las llagas de San Francisco. . .